Lectura

y modernidad

Victor Berto

La profunda transformación que la imprenta genera, como uno de los acontecimientos centrales de la modernidad, se manifiesta de manera contundente en la práctica de la lectura. La lectura doctrinaria y en voz alta va a ser sustituida por la lectura crítica y en silencio; en correspondencia con la estructura reflexiva que empieza a brotar con la nueva época

La Iglesia católica vio inicialmente en la imprenta un adecuado instrumento para difundir, de mejor manera, misales, libros de horas, etc. Pronto se dio cuenta, sin embargo, del impacto en la estructura del conocimiento que produce tal invento tecnológico. En la Edad Media se lee en voz alta para que en la lectura se vierta la doctrina. Agustín refiere el hecho de que Anselmo, en contra de la costumbre, leía en silencio, y mandaba a sus alumnos a que espieran tal prodigio. Este cambio (de leer en voz alta a leer en silencio) es tan radical que hoy la propensión a leer en voz alta se identifica con el semianalfabetismo. ¿Cuál es la significación de tal cambio?. El paso a la lectura en silencio, que da el perfil del lector moderno, es la conquista de un ámbito de distanciamiento; y es, en este distanciamiento, la conquista de la subjetividad, que nos da una imagen de mundo, y de una perspectiva no subordinada al poder. El hombre que lee en silencio conquista la perspectiva crítica para mirar el mundo y, con ella, su condición de sujeto. Sin embargo, el proceso de la práctica de la lectura fue lento. Según nos indica Chartier la población alemana, por ejemplo, sabía leer hacia 1500 en un 3% ó 4%...La imprenta necesitaba, para producir el impacto

cultural a la que estaba llamada, una revolución educativa y pedagógica que transformara la masa indiferenciada en ciudadanos lectores. Esta revolución, sin embargo, tardará: la primera ampliación de la lectura produce una élite lectora que confluirá en los siglos XVII y XVIII en la llamada Ilustración, donde las grandes propuestas de la modernidad alcanzan certeza, militancia, realización. A la par, la modernidad va a producir la transformación de la masa en sujeto, como una de las conquistas, tan importantes como el acceso de la mujer a la condición de sujeto, y los dos —masa y mujer— teniendo como fuente el nuevo valor de la libertad.

MASA Y SUJETO

*«...el comienzo de una nueva era,
la de la historia como experiencia de masas.
G. Steiner.*

Y en efecto, hasta la llegada de la modernidad, la masa no tiene historia; es la presencia indiferenciada que contrasta con el brillo de los reyes, príncipes y héroes (estos, siempre de origen noble) quienes son los que hacen la historia y son los protagonistas estelares del imaginario literario. La historia y la literatura celebrarán las vicisitudes de la nobleza. Es posible observar en el Mío Cid, como va a representar, en este contexto, a un héroe conflictivo pues, al no ser de sangre noble, será objeto de humillación, a pesar de su vertiente heroica, incluso por los miserables Infantes de Carrión, y no podrá redimirse sino por medio de un mejor matrimonio de las hijas. De la Revolución Francesa a las revoluciones marxistas del siglo XX, la masa alcanza su máxima expresión como sujeto: devendrá, con Rousseau, «pueblo», donde descansa el originario Poder (que ya no en Dios); será la fuerza de la historia que, según Robespierre avanza tumbando tronos hacia la libertad; tendrá la claridad, la transparencia y legitimación de la clase revolucionaria; se constituirá en la estadística de los ciudadanos en los Estados modernos. La revolución educativa de la lectura alcanza su máximo momento en las primeras décadas del siglo XIX cuando los estados Modernos, según nos señala Habermas asumen la alfabetización como tarea central. Nunca antes y nunca después, repitámoslo, la lectura ha tenido ni tendrá tanto prestigio. La práctica de la lectura como rasgo de ciudadanía.

Este lector que se forma en el siglo XIX responderá a la proliferación de ejemplares que ofrece la imprenta, y será, sobre todo, lector de periódico: el periódico difunde la realidad económica, social y política del presente para que el ciudadano se forme una opinión. Se genera el hecho social de la opinión pública. El ciudadano accede a la opinión pública en función del debate diario que el periódico mantiene vivo en sus páginas. Se deslindan así dos

clases de lectores: el de periódicos, que lee en busca fundamentalmente de información; y el lector de libros, que busca acceder a alguna forma de conocimiento. Pero en el lector de libros también es posible hacer algunas diferencias: el libro, propiciador y difusor del conocimiento, es un medio para el acceso a nuevos horizontes epistemológicos. Son los libros de las especialidades: Medicina, Derecho, Ingeniería, etc, donde, insistimos, el libro es un medio. Así por ejemplo el *Discurso del Método* o los *Principia Matemática*, son medios de la filosofía y del conocimiento científico de sus autores, Descartes y Newton.

Sin embargo, el giro de la imagen de mundo, en la confluencia de los rasgos liberadores de la modernidad, producen un acontecimiento fundamental en la vida espiritual de la cultura: el logro del valor autónomo del hecho estético, hecho que alcanza su planteamiento más claro en *Crítica del Juicio*, de E. Kant, en su teoría de la finalidad sin fin del arte. La propuesta kantiana separará la legitimación del arte de su subordinación con el referente. La obra, se hace entonces «texto» y exige una especial lectura, la que pasando por lo que Kant llama «el ejercicio puro de la facultad de sentir», se plantea problemas como la provisionalidad de lo real, los límites de la percepción, el desocultamiento de la verdad (según la expresión de Heidegger): sensibilidad y conciencia. Ese doble registro abre el paso a lo privado y a la subjetividad.

Lo privado es una conquista a la mirada escrutadora del poder. Si algo logra la modernidad es colocar límites al poder: en la Antigüedad y la Edad Media el poder legitimado por lo divino, era una práctica absoluta y no había lugar oculto al poder, ante quien solo quedaba la lisonja (de la Corte), el sacrificio y la genuflexión (de todos). La noción de libertad, introducida por la modernidad abre zonas de resistencia al poder; y obras como *El espíritu de las leyes* (1748), de Montesquieu, hace del poder división y vigilancia entre sí, para establecer límites y evitar desbordamientos. El desplazamiento del poder de la divinidad al pueblo, tal como es explicado por Rousseau, confluye en la valoración de lo humano ante el poder. Los derechos universales del hombre, la paulatina abolición de la esclavitud, la afirmación de la subjetividad y el reconocimiento del otro confluyen en la conquista de un espacio del hombre frente al poder. El poder recorre con su poderosa lámpara de luz, de aristas e interdictos los espacios públicos: ordena, castiga, excluye, limita, protege. En la modernidad, la fuerza controvertible de la libertad hace brotar, de pronto, un cono de sombra, un espacio cerrado, quizás sólo entreabierto, que resiste a la luz lechosa y arrolladora; ese espacio es el espacio de lo privado. Un lugar para el derecho de lo humano. Recordemos que el poder, cuando logra alcanzar de nuevo su condición de absoluto, acaso su más irrenunciable condición, uno de sus primeros actos consiste en

penetrar ese cono de sombra, anularlo, destruir esa posibilidad de lo humano no contabilizada por el poder.

LA SUBJETIVIDAD

El yo está en el centro del lenguaje y de la escritura.

C. Herrenschmidt.

En el resguardo y en el calor de ese cono de sombra, brota la subjetividad, esa profundidad del mar de lo humano, ese mundo inesperado, con su propio cielo y su propia geografía que, a diferencia del mundo objetivo de la exterioridad, se rige por la danza de la metamorfosis. Desde la subjetividad vemos el mundo, en un equilibrio siempre frágil, con la objetividad de los acontecimientos y la intersubjetividad de la mirada social y colectiva. Desde cada subjetividad, como diría Vicente Huidobro, amoblamos el mundo; por ello quizás el dicho popular dice que cada cabeza es un mundo. La «normalidad», lograda en el equilibrio (siempre frágil) de lo real, estalla frecuentemente por la inesperada desmesura de alguno de sus elementos. El desbordamiento de la subjetividad, acaso la del poeta o la del loco, produce escándalo y, eventualmente, cambios, en el seno de lo real. Detrás de nuestros ojos, con el poder de la subjetividad, vemos el mundo metamorfoseándolo, conducidos muchas veces, por nuestra estructura pasional. Así, por ejemplo, la mirada enamorada, en un fino proceso de metamorfosis, sublima el objeto amoroso; o la mirada vengativa o rencorosa mira el objeto de su odio y lo transforma en sorprendentes monstruosidades. La hermenéutica psicoanalítica, con Freud, ve en la subjetividad una estructura del lenguaje («el inconsciente estructurado como lenguaje», según la famosa frase de Lacan) que responde al principio de metamorfosis de la metáfora y la metonimia (si aceptamos que tales figuras no son sino, como lo ha probado la retórica contemporánea, metamorfosis de sentido). Uno de las primeras expresiones de la subjetividad, como propuesta de cultura, la tenemos en *Las Confesiones*, de Agustín, donde ya las cosas del mundo entran en conflicto con una experiencia de vida, con una subjetividad. En los inicios de la modernidad, serán *Las Confesiones*, de Rousseau, donde se ahonda el espacio escriturario de la subjetividad, ya iniciado por Agustín, como signos propiciatorios por el afianzamiento del pensamiento crítico. Diarios, confesiones, biografías y autobiografías, hacen de la subjetividad el *loci* de enunciación, y señalan la distancia subjetiva como la distancia de la interrogación.

La subjetividad es el espacio de la libertad, pero, ¿hasta cuándo, y cuánto, ha sido intervenida por las estrategias del poder?. Sin duda que la pantalla televisiva ha sido uno de los grandes medios de intervención de la subje-

tividad. Ésta, y los procedimientos de la publicidad, intervienen con determinaciones en esa zona que, en nombre de la libertad, le había sido vedada, actuando bajo el hipnotismo de los medios, hace que el sujeto vuelva a su condición de masa. En «Muebles el canario», un breve texto de Felisberto Hernández, se describe con parodia y genialidad la intervención en las zonas de la subjetividad:

La propaganda de estos muebles me tomó desprevenido. Yo había ido a pasar un mes de vacaciones a un lugar cercano y no había querido enterarme de lo que ocurriera en la ciudad. Cuando llegué de vuelta hacía mucho calor y esa misma noche fui a una playa. Volvía a mi pieza más bien temprano y un poco malhumorado por lo que me había ocurrido en el tranvía. Lo tomé en la playa y me tocó sentarme en un lugar que daba al pasillo. Como todavía hacía mucho calor, había puesto mi saco en las rodillas y traía los brazos al aire, pues mi camisa era de manga corta. Entre las personas que andaban por el pasillo hubo una que de pronto me dijo:

— Con su permiso, por favor...

Y yo respondí con rapidez:

— Es de Usted.

Pero no sólo no comprendí lo que pasaba sino que me asusté. En ese instante ocurrieron muchas cosas. La primera fue que aun cuando ese señor no había terminado de pedirme permiso, y mientras yo le contestaba, él ya me frotaba el brazo desnudo con algo frío que no sé por qué creí que fuera saliva. Y cuando yo había terminado de decir «es de usted» ya sentí un pinchazo y vi una jeringa grande con letras. Al mismo tiempo una gorda que iba en otro asiento decía:

— Después a mí.

Yo debo haber hecho un movimiento brusco con el brazo porque el hombre de la jeringa dijo:

— ¡Ah!, lo voy a lastimar...quieto un...

Pronto sacó la jeringa en medio de la sonrisa de otros pasajeros que habían visto mi cara. Después empezó a frotar el brazo de la gorda y ella miraba operar muy complacida. A pesar de que la jeringa era grande, sólo echaba un pequeño chorro con un golpe de resorte. Entonces leí las letras amarillas que había a lo largo del tubo: Muebles «El Canario». Después me dio vergüenza preguntar de qué se trataba y decidí enterarme al otro día por los diarios. Pero apenas bajé del tranvía pensé: «No podrá ser un fortificante; tendrá que ser algo que deje consecuencias visibles si realmente se trata de una propaganda». Sin embargo, yo no sabía bien de qué se trataba; pero estaba muy cansado y me empeciné en no hacer caso. De cualquier manera estaba seguro de que no se permitiría dopar al público con ninguna droga. Antes de dormirme pensé que a lo mejor habrían querido producir algún estado físico de placer o

bienestar. Todavía no había pasado al sueño cuando oí en mí el canto de un pajarito. No tenía la calidad de algo recordado ni del sonido que nos llega de afuera. Era anormal como una enfermedad nueva, pero también había un matiz irónico; como si la enfermedad se sintiera contenta y se hubiera puesto a cantar. Estas sensaciones pasaron rápidamente y en seguida apareció algo más concreto: oí sonar en mi cabeza una voz que decía:

– Hola, hola; transmite difusora «El Canario»...hola, hola, audición especial. Las personas sensibilizadas para estas transmisiones... etc.. etc...

Todo esto lo oía de pie, descalzo, al costado de la cama y sin animarme a encender la luz; había dado un salto y me había quedado duro en ese lugar; parecía imposible que aquello sonara dentro de mi cabeza. Me volví a tirar en la cama y por último me decidí a esperar. Ahora estaban pasando indicaciones a propósito de los pagos en cuotas de los muebles «El Canario». Y de pronto dijeron:

– Como primer número se transmitirá el tango....

Desesperado, me metí debajo de una cobija gruesa; entonces oí todo con más claridad, pues la cobija atenuaba los ruidos de la calle y yo sentía mejor lo que ocurría dentro de mi cabeza. En seguida me saqué la cobija y empecé a caminar por la habitación; esto me aliviaba un poco pero yo tenía como un secreto empecinamiento en oír y en quejarme de mi desgracia. Me acosté de nuevo y al agarrarme de los barrotes de la cama volví a oír el tango con más nitidez.

Al rato me encontraba en la calle: buscaba otros ruidos que atenuaran el que sentía en la cabeza. Pensé comprar un diario, informarme de la dirección de la radio y preguntar qué habría que hacer para anular el efecto de la inyección. Pero vino un tranvía y lo tomé. A los pocos instantes el tranvía pasó por un lugar donde las vías se hallaban en mal estado y el gran ruido me alivió de otro tango que tocaban ahora; pero de pronto miré para dentro del tranvía y vi otro hombre con una jeringa; le estaba dando inyecciones a unos niños que iban sentados en asientos transversales. Fui hasta allí y le pregunté qué había que hacer para anular el efecto de una inyección que me habían dado hace una hora. Él me miró asombrado y dijo:

– ¿No le agrada la transmisión?

– Absolutamente.

– Espere unos momentos y empezará una novela en episodios.

– Horrible- Le dije.

Él siguió con las inyecciones y sacudía la cabeza haciendo una sonrisa. Yo no oía más el tango. Ahora volvían a hablar de los muebles. Por fin el hombre de la inyección me dijo:

– Señor, en todos los diarios ha salido el aviso de las tabletas «El canario». Si a usted no le gusta la transmisión se toma una de ellas y pronto.

— ¡Pero ahora todas las farmacias están cerradas y yo voy a volverme loco!

En ese instante oí anunciar:

— Y ahora transmitiremos una poesía titulada «Mi sillón querido» soneto compuesto especialmente para los muebles ¡El canario!

Después el hombre de la inyección se acercó a mí para hablarme en secreto y me dijo:

— Yo voy a arreglar su asunto de otra manera. Le cobraré un peso porque le veo cara honrada. Si usted me descubre pierdo el empleo, pues a la compañía le conviene más que se vendan las tabletas.

Yo le apuré para que me dijera el secreto. Entonces él abrió la mano y dijo:

— Venga el peso- . y después que se lo di agregó:

— Dése un baño de pies bien caliente.

El interdicto entra en la subjetividad para determinar o crear deseos. Entra a la fuerza, destruyendo todo, como ocurre con el poder absoluto; o por los engañosos caminos de la seducción, como el lenguaje publicitario, parodiado en el cuento de Hernández. Hay múltiples hendiduras por donde lo público entra y toma posesión de lo privado. El espacio para sí, la «habitación propia», se encuentra siempre a punto de ser intervenido, pero el lector moderno sabe que la lectura silenciosa es una continúa práctica fundacional de ese espacio.

El leer es como el dormir: ambos son un abandonarse del mundo, en un espacio propio, defendido, a buen resguardo. Y como el dormir es una interpretación del mundo ¿no es el soñar, al igual que la reflexión del lector, una instantánea visión de mundo? —y es un viaje interior. Los territorios de esa interioridad fueron llamados por Freud el «inconsciente», y su proceso continuo de metamorfosis ha sido explicado por el psicoanálisis, en el despliegue de la metáfora, la metonimia y la sinécdoque.

La subjetividad es la resignificación del individuo; es la delimitación del yo frente al otro. La subjetividad se reafirma en el discurso de la confesión, en el diario íntimo, en el imaginario personal (en esa imagen que, consciente o no, tenemos de nosotros mismos); pero también en las patologías: la esquizofrenia, la neurosis, etc. Y la subjetividad abre la multiplicidad de perspectivas. Cada mirada es un recorte sobre lo real; por lo tanto es un continuo señalamiento de los límites de lo real y de sus formas de representación. El hombre que lee se convierte en el hombre que pregunta; en resistencia a toda forma de poder. El hombre que lee se desplaza entre las orillas de la sensibilidad y la conciencia.

Frente al poder que, históricamente, por lo menos en Occidente, cede terreno paulatinamente a los «derechos» (en algún sentido la modernidad es

una continua tensión entre el poder y la conciencia de los derechos del hombre; también el paso progresivo del poder avasallante a su otra cara: la protección), planteándose así una lucha entre el poder y democratización de la sociedad. En pleno siglo XIX la práctica de la lectura como política de Estado se corresponde con la distribución de la riqueza en las sociedades liberales. Sin duda que el paso de la nobleza y las estructuras feudales a las «democracias burguesas» supone un cambio en la distribución de la riqueza. El liberalismo realiza esa distribución (con sus peculiaridades que no estudiaremos aquí), y sin duda la teoría marxista se propone que esa distribución alcance mayores niveles de justicia, se profundice y anule la lucha de clases. El fracaso de los «socialismos reales» quizás sea una refutación desde lo real a esa distribución justa y total; pero sin duda el liberalismo ya es un acontecimiento histórico de más justa distribución que la pauta por la nobleza (y sin duda la fuerte presencia de una amplia franja de clase media en el siglo XX responde a esa relativa justicia de distribución de la riqueza en las democracias neoliberales). A la par de esa democratización de la riqueza se produce la democratización de la lectura. Por ello, quizás ha llamado Rorty (1999:19) «modernidad optimista», a la etapa que cubre el amplio arco que va del siglo XV al XIX, y que se plantea como la realización de planes («relatos») concretos: la emancipación, la libertad, la condición de sujeto. Dos de los logros más destacados serían el progreso de la ciencia y el nacimiento y desarrollo de la opinión pública.

La lectura impregna la subjetividad. La transforma, la moldea. Hay una experiencia esencial a la que se puede llegar con la lectura: cuando el lector sabe que esa lectura, quizás imperceptiblemente, ha cambiado su vida. Lo más sorprendente para el cura, el barbero y demás vecinos, es asistir, ante Don Quijano, a la transformación de una vida por la lectura. De allí la necesidad de encender la hoguera de los libros, para que el tocado por la lectura regrese a los cauces de la cordura, que no son sino los de su hacienda y sus días repetidos. La lectura impregna todo Don Quijote, hasta el punto que su figura será, según Foucault, un largo grafismo. Don Quijote trata de hacer «una», vida y lectura, y ese intento es una imposibilidad engendradora de la parodia cervantina, y hunde los trazos que ya no cesarán, como trazo de la modernidad, de la puesta en cuestionamiento de la sustancialidad de lo real y los fundamentos (Heidegger, 1971).

Esa imposibilidad no sólo engendra parodia, también intensidad trágica en la que participa el lector, la lectura de manera particular, en obras como *La nueva Heloisa* (1761), de Rousseau, o *Las tribulaciones del joven Werther* (1772), de Goethe que, según noticias de la época, impactó con tanta fuerza en la subjetividad de una juventud lectora que produjo suicidios o intentos de suicidio. El acto de la lectura produce perturbación en un ámbito de «normalidad»: leer, como dudar, detiene el torrente del acontecimiento, nos separa, aunque sea por momentos, de la vida; produce una distanciaci3n. Así, con relaci3n al dudar, es posible decir que es la comprensi3n, lo que permite la actuaci3n del hombre en el mundo, sólo posible en un horizonte de certezas.

Según Wittgenstein, la duda detiene el acontecimiento y, para actuar, el hombre ha de dejar de dudar. «Quien quisiera dudar de todo, ni siquiera llegaría a dudar. El mismo juego de la duda presupone ya la certeza» (1969: 115). Para el filósofo, el juzgar y el obrar «comienzan por el no-dudar, por el fiarse», y toda duda debe realizarse desde un punto de lo indubitable.

Los juegos de lenguaje hacen posible la comprensi3n en la certeza del sentido. Sin embargo, la posibilidad de interrogar las mediaciones que nos dan una visi3n de objeto hacen que el discurso derive hacia lo especular, abriendo la posibilidad del cuestionamiento del punto indubitable, de los fundamentos. «Si el tendero quisiera examinar cada una de sus manzanas sin raz3n alguna para asegurarse de todo. ¿Porque no debería examinar el mismo examen?» (1969: 454). Esta especularidad, esta recursividad remite a la crítica de los fundamentos que quizás podríamos enunciar así: dudar de lo indubitable.

Es claro que ese punto indubitable se corresponde con lo que Leibniz llama el fundamento, *Nihil est sine ratione*, nada es sin fundamento, señala Leibniz, leído por Heidegger, y señala éste filósofo: «Nuestro representar busca por doquier refugio en un fundamento». El fundamento es el principio supremo, y «la proposici3n del fundamento vale únicamente en la medida en que Dios exista» (Heidegger, 1991: 41 y 61). El punto de lo indubitable desde donde el hombre «razonable» puede permitirse dudar, es el fundamento, y su expresi3n metafísica es Dios. El «giro epistemol3gico» de la modernidad «optimista» coloca ese fundamento en la naturaleza y en la legitimaci3n racional de la verdad. La filosofía del lenguaje aún cree ver ese fundamento en la interconexi3n lingüística, pero «la muerte de Dios», anunciada desde la filosofía por Nietzsche, no hace sino abrir la posibilidad de la

negación misma del fundamento tal como quizás pueda observarse en el más extremo escepticismo postmoderno, Ya Hamlet, el personaje de la duda, prefigura por ejemplo, a Molloy, el personaje de la errancia, ese que se coloca en el lugar imposible de la crisis de representación, en un «acto sin palabras», que se despliega en un silencio no de lo indecible místico o infinito sino de la negación y de la imposibilidad del sentido y de la comprensión, incluso en un más acá del límite de la existencia.

Como el dudar, el leer es un separarse del torrente de la vida; por ello quizás dirá Proust que las grandes novelas se leen en tiempos de enfermedad. Esa distanciamiento estremece el orden y la normalidad que siempre exige identidad e integración. Quien lee se separa, aunque sea por momentos, de la vida, y en esa separación nace la conciencia crítica, la posibilidad misma de la muerte de Dios, de la puesta en cuestionamiento de los fundamentos. Quien lee siente la experiencia de la diferencia: duda e interroga. En un memorable texto, Borges señala: (Borges, 1952: 507): «¿Por qué nos inquieta que el mapa esté incluido en el mapa y las mil y una noches en el libro de *Las Mil y Una Noches*? ¿Por qué nos inquieta que Don Quijote sea lector del *Quijote*, y Hamlet, espectador de *Hamlet*? Creo haber dado con la causa: tales inversiones sugieren que si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios»

El leer, como la conciencia especular, puede llegar al límite mismo de la conciencia crítica: el cuestionamiento de todos los fundamentos; pues todo no es sino una cuestión de grado: la conciencia crítica parece tener una de sus inevitables llegadas en ese cuestionamiento. De este modo, quien lee, desde su distanciamiento, interroga el mundo, interroga el mundo de signos que lee, y se interroga así mismo. Esa múltiple interrogación que no es sino un giro de especularidad, puede alcanzar el vértigo de la interrogación de los fundamentos: la interrogación misma del sin sentido, quizás el más extremo de los retos de la conciencia crítica de la modernidad. (De allí la advertencia de Nietzsche: no miremos mucho tiempo el abismo pues entonces éste se mira dentro de nosotros).

La lectura es una práctica más, y no de las menos importantes, de lo que para Nietzsche es la primera apetencia del hombre: el comprender. Cada mirada sobre el mundo tiene su especificidad comprensiva: cada quien comprende, en algún grado, diferente, y una persona «comprende» de manera distinta en momentos distintos; no nos bañamos dos veces en el mismo río de la comprensión.

Para que el sentido sea posible en la realización de la comprensión, es necesario que haya lo que Taylor (1995:52), ha llamado «una condición estable de inteligibilidad», y que la representación se realice en términos de

certidumbre. La filosofía que nos es contemporánea ha denominado de diversas maneras esa «condición estable de inteligibilidad», necesaria en todo acto de comprensión, distinta de un hombre a otro, incluso de un momento a otro en la historia de un hombre, y siempre, desde cierta perspectiva, parcialmente compartida con una cultura, una sociedad o grupo. Heidegger llama a esa condición «precomprensión»; y, *mutatis mutandis*, Gadamer, «Horizonte»; Wittgenstein, «trasfondo»; Umberto Eco, «enciclopedia»; Felix Guattari, «dispositivo de subjetividad»; o lógicos como Van Dijk, «presuposiciones». Todo acto de comprensión está regido por ese «trasfondo» y determina, a la vez, la comunicación colectiva y aspectos personalmente intransferibles en la comunicación. Tal como señala Taylor, «siempre somos inducidos por una comprensión del trasfondo que da inteligibilidad a nuestra experiencia» (1995:103). Según Wittgenstein, lo que creemos depende de lo que aprendemos y la comprensión se encuentra en tensa vinculación con una expectativa. Esa expectativa y ese trasfondo permiten, permanentemente, reconocer la uniformidad de lo real (o la irrupción de incongruencias en su seno), y una intuitiva anticipación de los hechos. «La anticipación —dirá (1969:313)— como sombra del hecho consiste en que podamos pensar ahora que ocurrirá exactamente aquello que todavía no ha ocurrido». Sin duda que esta posibilidad de anticipación, dibujada en el trasfondo de la comprensión, puede verse como un esbozo, en el acontecimiento cotidiano, de lo que en la ciencia clásica fue denominado el «demonio de Laplace»: una conciencia que conozca todas las causas podría prever con objetividad todos los acontecimientos.

Esa condición de inteligibilidad es «estable» en un corte «sincrónico», e inestable en su corte «diacrónico». Aquí se puede subrayar una profunda diferencia entre el lector dogmático y el lector crítico: aquel se propone alcanzar una fijeza de comprensión, el encuentro con una verdad inamovible, y el acto de lectura no será sino el acto de acercarse a esa verdad; éste se propone transformar el texto por medio de la comprensión, en el mismo acto en el que se transforma a sí mismo.

Es la escuela el lugar de aprendizaje de las diferentes competencias de la lectura. Si abrimos el arco de la enseñanza, desde la primaria a la universidad, la escuela deberá proporcionar los principales tipos de lectura: el doctrinario, en la enseñanza de principios fundamentales; el estético, en la educación de la sensibilidad; el de conocimiento, en la formación profesional, y el crítico en la interrogación permanente de los «límites de la verdad». Multiplicidad de competencias que darán el perfil del hombre lector.

BIBLIOGRAFÍA:

- Bataille, George, *Lo que entiendo por Soberanía*. Barcelona. Paidós. 1976.
- Botteró Jean, y otros. *Cultura, pensamiento y escritura*. (1955). Barcelona. Gredos. 1995.
- Barthes, R. *Leçon Inaugurale de la chaire de sémiologie littéraire du Collège de France*. Paris. Du seuil. 1977
- Blanchot, Maurice (1959) *El libro que vendrá*. Caracas. Monte Ávila. 1969.
- Bloch, Ernest (1959) *El principio esperanza*. Madrid. Aguilar. 1977. Barcelona. Anagrama. 2001.
- Chartier R, y G. Caballo, *Historia de la lectura* (1997) Madrid. Taurus. 2001.
- Chartier R. *La revolución de la cultura escrita* (1997) Barcelona. Gredos. 2000
- Cavetti, Elias, *Masa y Poder* (1960). Barcelona. Muchnik. (1981)
- Casanova, Pascuale, *La república mundial de las letras* (1999) Barcelona. Anagrama. 2001.
- Cassirer, E., *Filosofía de las formas simbólicas*. (I, II y III). México. FCE. 1978.
- Derrida, Jacques, *De la gramatología* (1967) México. Siglo XXI, 1978.
- «La mitología blanca», en: *Márgenes de la filosofía*. México. FCE. 1989.
- *La dissemination*. París. Du Seuil, 1877.
- Escobar Sobrino, Hipólito, *La Biblioteca de Alejandría*. Madrid. Gredos. 2001
- Ferre, Luis. *Filosofía de la religión*. Buenos Aires. Losada. 1969.
- Freud, S. «Lo ominoso», (1919) en: *Obras completas XVII*. Buenos Aires. Editores. 1988.
- Foucault, Michel (1968) *Las palabras y las cosas* (1968). México. Siglo XXI. 1974.
-, *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona. Gedisa. 1978.
- Gadamer, Hag. (1975) *Verdad y método* (I y II). Salamanca. Edit. Sígueme, 1997.
- Genette, Gerard. *Palimpsestes*. París. Du Suil. 1982.
- Greimas, A. (1966). *Semántica estructural*. Madrid. Gredos. 1971.
- Havelock, Eric A. *Prefacio a Platón* (1963). Madrid. Visor. 1994.
- Heidegger, M., (1958). *La proposición del fundamento*. Barcelona. Odós- 1971.
- (1937), *Arte y poesía*. México. FCE. 1958.
- (1926), *Qué significa pensar*. Buenos Aires. Akal. 1959.
- Iser, Wolfgang, *El acto de leer* (1976) Madrid. Taurus. 1987.
- Jean, Georges, *La escritura, la memoria, la humanidad*. (1987) Barcelona. Claves. 1988.
- Kant, Emmanuel (1781). *Crítica de la razón pura*. Madrid. Alfaguara. 1993.
- Kant, Emmanuel (1780). *Crítica del juicio*. México. Porrúa 1989.
- Lacan, Jacques, (1966) *Escritos I*. México. F.C.E. 1967
- Levi-strauss, C. (1962), *El pensamiento salvaje*. México. FCE. 1967.
- (1955), *Tristes trópicos*. Buenos Aires. Eudeba. 1970.
-, (1958), *Antropología estructural*, Buenos Aires. Eudeba. 1977.
- McLuhan, Marshall, *La galaxia Gutenberg*. Génesis del homo typographicus (1962). Barcelona. Galaxia Gutenberg. 1998.
- Morin, E. (1977), *El método I*. Madrid. Cátedra. 1981.
- Mosterín, Jesús, *Teoría de la escritura* (1993). Barcelona. Icaria. 2002.
- Merlean Ponty, Maurice (1945), *Fenomenología de la percepción*. Barcelona. Península. 1975.
- Ong, Walter J. *Realidad y escritura. Tecnología de la palabra*. (1982). México. F.C.E. 1987.
- Olson, David R. *El mundo sobre el papel* (1994). Barcelona. Gredos. 1997.
- Olson D, y N. Torrance, *Cultura escrita y oralidad* (1991). Barcelona. Gredos. 1998.
- Popper, Kant (1988) *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona. Paidós. 1991.
- Propp, Vladimir (1928). *Morfología del cuento*. Madrid. Fundamentos. 1971.
- Rorty, Richard (1967). *El giro lingüístico*. Barcelona. Paidós. 1999.
- Sampson, G., *Sistemas de escritura* (1985). Barcelona. Gredos. 1997.

- Sarl Schopenhauer, A, (1818) *El mundo como voluntad y representación*. México. Porrúa. 1987.
- Sloterdijk, Peter, *Crítica de la razón crítica* (I y II) (1983) Madrid. Taurus. 1989.
- Simone, Raféale, *La tercera fase*. Formas de saber que estamos perdiendo (2000). Madrid. Taurus. 2000.
- Steiner, George, *Después de Babel* (1977). México. F.C.E. 1989.
- Servier, Jean (1964). *El hombre y lo invisible*. Caracas. Monte Avila. 1970.
- Varios, *La escritura y la psicología de los pueblos*. México. Siglo XXI. 1968.
- Wittgenstein, Ludwin (1921), *Tractatus lógico filosófico*. Madrid. Alianza. 1957.
- Wittgenstein, Ludwin (1954), *Investigaciones filosóficas*. Barcelona. Crítica. 1983.
-, (1950), *La certeza*. Barcelona. Gedisa. 1969.